

LITERATURA E HISTORIA

Beatriz Sarlo

Este trabajo fue leído en las III Jornadas Nacionales del Comité Internacional de Ciencias Históricas, Buenos Aires, octubre de 1990.

El tema que se me ha asignado tiene la ventaja de su ambigüedad. Bajo la apariencia de una conjunción fuerte, la dupla “historia y literatura” puede ser interpretada, por una parte, como alusión al problema de la historicidad de la literatura y por tanto de las posibilidades de construir una historia literaria (entonces la cuestión es de qué historia se trata o historia de qué es la historia de la literatura); por otra parte, el tema puede leerse como sugerencia a considerar los problemas del uso histórico de la literatura, con lo que las cuestiones quedan abiertas a los servicios que la literatura puede prestar a la historia. Finalmente, a mitad de camino entre ambas perspectivas, está la idea de que la literatura, como una de las dimensiones de lo simbólico en la vida social, tiene una historia que no es solo historia de textualidades, sino también de funciones y de instituciones. La literatura como fuente o la literatura como objeto: en ello reside la ambigüedad y, por consiguiente, los campos por los que se moverá mi presentación.

Historias literarias

Toda historia literaria construye un canon de textos (afirma Peter Burger, 1985) de acuerdo con valores que fundamentan el orden, las exclusiones, la disposición general, el encadenamiento de las obras, las ausencias y los juicios. La afirmación de Burger remite la historia literaria al presente, como no podría ser de otro modo, ya que el momento hermenéutico de la interpretación es requerido como dinámica orientadora de nuestra perspectiva sobre la tradición literaria. La historia presentaría un discurso que no puede liberarse de los valores presentes que organizan su canon, un discurso donde el gusto deja sus huellas: si esto es efectivamente así, los valores, reclama Burger, deben ser explícitos. No hay historia literaria sin relación con valores, pero tampoco la hay si esos valores no aparecen en el discurso del saber.

Sin embargo, una pregunta básica debe ser considerada antes: ¿tiene la literatura una historia? O, ¿qué se entiende por historia cuando decimos historia de la literatura? Su objeto no es evidente a menos que se suponga que el ordenamiento de los textos establece, de manera suficiente, un objeto. Esta epistemología empirista disimula que los textos en sí mismos no garantizan una historicidad de la disciplina, como lo han demostrado los últimos treinta años de crítica. El hecho de que se afirme que los textos son históricos, se hace ya desde una perspectiva disciplinaria que los construye como objetos históricos. Que tal perspectiva pueda resultar convincente al sentido común, no exime de la demostración de su reclamo de legitimidad.

Los historiadores de la literatura reconocen, cada vez que la cuestión se plantea, que la historia literaria es una construcción y no una reconstrucción. Ahora bien, esto no exime de preguntarse sobre los materiales de esa construcción y, nuevamente, sobre el estatuto histórico de esos materiales, si la perspectiva quiere librarse de las evidencias del empirismo ingenuo, que no son suficientes para garantizar un estatuto cualquiera. Los materiales de la historia literaria son históricos por su emergencia, es decir, porque provienen de ese humus temporal que acostuombramos llamar historia en el sentido de un pasado y, por tanto, esa pertenencia garantizaría la posibilidad de escribir su historia; son históricos porque es posible pensar las razones del cambio que los afecta; son históricos porque puede plantearse una teoría de la concatenación o de la ruptura, una teoría de los nexos que mantienen entre sí; son históricos, finalmente, porque configuran una dimensión simbólica específica de lo social, sujeta a cambios, que, a su vez, otras disciplinas consideran históricos. Todos estos argumentos pueden ser defendidos en particular, y sin

embargo, una suma de sus perspectivas aún no demostraría del todo la historicidad del discurso sobre la literatura.

Sería bueno preguntarse sobre las razones del estatuto contencioso que la historia literaria tiene, sobre todo cuando quienes con mayor convicción defienden ese estatuto lo hacen en función de una sola de las varias posibilidades e hipótesis constructivas. Jauss (1978), por ejemplo, afirma que no hay historia literaria que no sea historia de lecturas, dotando al mismo tiempo de un programa y de una metodología a la disciplina. Burger sostiene que la historia literaria construiría un “conocimiento cuasi-objetivo de las funciones de la literatura”. Schmidt (1985), reconociendo esa variedad, sostiene que cada campo de estudio produce y describe diferentes tipos de datos. Entonces, la historia literaria se coloca en un lugar donde su objetivo todavía debe construirse si es que la perspectiva disciplinaria se resiste al empirismo de considerar a los textos como objetos dados. Porque, efectivamente, las funciones de la literatura pueden leerse en los textos literarios pero no solamente en ellos; es más, podría decirse que, en principio, es imposible leer solo en la literatura esas funciones que deberían ser investigadas en un espacio más complejo al cual, provisoriamente, denominaríamos dimensión simbólica del mundo social, donde la literatura se construye como lugar y práctica diferenciándose de otros lugares y otras prácticas, primera marca de historicidad, la que la literatura compartiría con las otras prácticas discursivas, respecto de las que se diferencia.

Pero, por otra parte, las funciones de la literatura emergen en situaciones institucionales que, si configuran el campo de los posibles literarios, por un lado, no los agotan; y por el otro, no son configuraciones exclusivamente textuales. La literatura como institución social tiene una historia cuya relación con la historia de la textualidad es en sí misma un problema. En primer lugar, necesitamos definir a la institución literaria, ya que no es evidente que pueda pensarse solo como la red que une mercado, producción, crítica, distribución, consagración y posteridad de los textos. A la institución literaria pertenecen también lo que Raymond Williams (1981) denominó “formaciones”: los agrupamientos de escritores, instrumentos de la construcción de identidades públicas individuales y colectivas, actores en las diferentes formas de enfrentamiento o convivencia de las poéticas, espacios de propaganda ideológica, estética y moral, modos y escenarios de la consagración de los nuevos y del reordenamiento de las tradiciones. La sociología de la cultura (Bourdieu, 1983) tiene, respecto de estas cuestiones, categorías e hipótesis que la historia literario-institucional está en condiciones de retomar. Los programas de una historia literaria deberían considerar estas perspectivas institucionales, aún en el caso de que algunas posiciones críticas las excluyan como reivindicación estética de la autonomía de los textos. La relación entre institución literaria y contextualized no es siempre evidente, en la medida en que una historia de la literatura (como la de otros discursos estéticos) no debería ser solo la historización de las categorías sociológicas. ¿Cómo explicar la emergencia de la literatura sin recurrir a las condiciones institucionales?, pero también, ¿cómo pensar que las condiciones institucionales no siempre explican la emergencia de una nueva estética, sino que tienden, más bien, a hacer posible la reproducción más que la innovación? Siendo la cuestión de la innovación central a la problemática literaria, por lo menos desde fines de siglo XVIII cuando esta se asume como valor de la literatura, la reflexión sobre las dimensiones institucionales exhibe a la vez su necesidad y sus límites.

El cambio del lugar de la literatura en la vida social (un problema que, a primera vista, podría definirse como histórico) no siempre explica el cambio de la literatura respecto de su propio pasado, aunque pueden citarse todos los ejemplos que permiten pensar que lo hace. El cambio del concepto mismo de literatura (un problema de la poética histórica) es un interrogante que puede no responder invariablemente desde una perspectiva institucional. Y aquí aparece otro problema que abriría una discusión ciertamente no saldada en las disciplinas sociales: nuevamente la cuestión del sujeto, no como función textual de autor, sino como productor histórico de textos, es decir como figura cuya definición es colectiva, cuyo lugar en la vida social cambia, cuyas relaciones con el poder (político, religioso) es variable, cuya autonomía respecto del mercado o del patronazgo es también una construcción histórica. Desde este punto de vista, se podría hacer (como lo hizo Paul Bénichou, 1981) una historia del autor como figura social, o del autor como productor textual que

no mantiene invariables sus relaciones con los medios de producción literarios, ni con los actores sociales que son el marco de la literatura. En esta perspectiva, una historia podría ordenar los lugares que el autor ha tomado en diferentes momentos de una sociedad: el profeta, el apóstol, el visionario, el marginal, el dandy, el bohemio, el profesional. Estos lugares son producto de un reconocimiento social y de la adjudicación de responsabilidades y derechos a los escritores que, al mismo tiempo, no pueden dejar de relacionarse con transformaciones textuales. Los formalistas rusos reflexionaron sobre el carácter oratorio (y oral) de la poesía en relación a los espacios donde circulaba (Tinianov, 1968), que dejan una marca en la elocución tan profunda como para inducir cambios radicales en la actitud de los escritores frente a los géneros poéticos y a su prosodia.

Historias sociales

Pero, ¿qué decimos cuando decimos sociedad en relación con una historia de la literatura? Jauss (1978) afirmaría que la modalidad en que lo social está presente en lo literario es bajo la forma de un horizonte de expectativas, un conjunto de valores formales y sustantivos, respecto de lo que se recorta la emergencia y la posteridad de un texto. El acto de escritura y de lectura se producirían en relación con este horizonte social que hace posible al mismo tiempo la interpretación y la desviación de la interpretación. La construcción de un sentido emerge del encuentro de este horizonte social y el horizonte ideológico-cultural trabajado en el texto. El cruce de estos horizontes en la interpretación produce el recolocamiento de las obras del pasado en el presente y propone un sentido. Sociedad y literatura son pensadas como organización de valores en horizontes ideológico-culturales (valores presentes en la lengua, en la estética, en la moral o la religión). La forma social de la producción y la recepción literaria es, para esta perspectiva, más que institucional, ideológica y retórica.

Pero cuando decimos social, también estamos presuponiendo ordenamientos interiores al corpus de la literatura existente. Lo que es propiamente histórico en este ordenamiento es también las relaciones de los distintos niveles de la literatura: las formas populares, de gran circulación, no mantienen una relación inalterable en el tiempo con las formas cultivadas: entre el folletín y la novela realista-romántica, para poner un ejemplo, las relaciones van cambiando durante el segundo tercio del siglo XIX; el nexo entre los llamados géneros menores y la literatura de élite es justamente inestable, en la medida en que, por razones internas a la literatura y también por motivos institucionales y de público, las jerarquías varían, a veces de manera ciertamente espectacular como cuando escritores cultivados toman los géneros menores como material de la literatura alta. Al mismo tiempo, el folletín o la novela sentimental son bancos de experimentación de lecturas que producen en el mediano plazo un público con disposiciones y hábitos culturales y un deseo de literatura. La jerarquía de los géneros puede ser captada desde una perspectiva estructural y sistemática en la que los desplazamientos sean explicados por razones internas, o como una organización que también responde a desplazamientos en los niveles institucionales, de mercado y de organización de la esfera cultural. La constitución de un público, a través de procesos de urbanización y alfabetización afecta a la jerarquía de los textos reorganizados y afecta también la noción de posteridad y gloria literarias.

En relación con la institución social de un público, están los diferentes acuerdos que los escritores establecen con ese universo de lectura. La idea de pacto de lectura (Lejeune, 1975), presupone la de pacto de escritura: los textos no trabajan con materiales homogéneos, de la misma procedencia social. En verdad, la historicidad de estos pactos, tiene que ver con las sucesivas recomposiciones y mezclas de materiales, con los límites de lo literariamente admitido y las ampliaciones de esos límites, con las posibilidades de representación del otro en la literatura (Auerbach, 1950) y, en consecuencia, con la posibilidad de producir lecturas y efectos sociales diferentes según los pactos que los escritores y escritura propongan a su público. La función de la literatura respecto de otros discursos y prácticas sociales se sustenta en la modalidad de los pactos de escritura y lectura, en la medida en que estos presuponen la consideración del otro en la constitución del texto y, en esa suposición, incluyen la posibilidad de intervenir en dimensiones no

literarias de la vida social. En un libro importante, publicado hace muy poco, Adolfo Prieto (1988) estudia precisamente esos efectos de la literatura en la sociedad, a través de los usos del criollismo en la cultura argentina de comienzos del siglo XX. La poética criollista epigonal, que analiza Prieto, proporcionó las bases de sustentación de procesos de identificación nacional de sectores inmigratorios recientes que habrían encontrado en el criollismo mitos de constitución de sus identidades y, sobre todo, de borramiento de rasgos lingüísticos y culturales de origen. Ese efecto del criollismo sobre el público urbano (bien diferente de las funciones del criollismo en el siglo XIX entre su público rural, Ludmer, 1988) sería posible porque los folletines criollistas alteran un acuerdo del escritor criollista con su público, tal como ese acuerdo había sido concretado en el siglo XIX: el folletín criollista cubre necesidades simbólicas de sectores que están atravesando un proceso duro de integración a la comunidad nacional.

En la Arqueología del saber, Foucault afirma que la historia de las ideas atraviesa las disciplinas existentes, proponiendo, más que una asunción de sus diferencias y límites, un sistema de perspectiva. Desplazándose de un dominio a otro, describe “todo el juego de cambios y de los intermediarios; muestra cómo es saber científico se difunde, da lugar a conceptos filosóficos y toma forma eventualmente en obras literarias; muestra cómo unos problemas, unas nociones, unos temas pueden emigrar del campo filosófico en el que fueron formulados hacia discursos científicos o políticos; pone en relación obras con instituciones, hábitos o comportamientos sociales, técnicas, necesidades y prácticas mudas” (p. 231). Lo que se dice de la historia de las ideas podría impulsar un programa de historia literaria que tome a su cargo la diseminación de los saberes en la literatura que se construye precisamente (Barthes, 1970) teniendo como una de sus voces textuales a los códigos referenciales, las manifestaciones discursivas del saber en una sociedad. La literatura sabe lo que se sabe y puede negarlo, re TRABAJARLO, imprimirle formas alegóricas o simbólicas, desplazarlo para ubicar allí otros saberes más o menos prestigiosos, más o menos despreciados. La literatura, en ocasiones, trabaja con los residuos de los saberes y, en otros momentos, coloca a los saberes en su mismo centro. No existe relación estable con ellos salvo que pueda pensarse que la literatura permanece al margen de los cambios históricos. La literatura es experta en esos procesos de emigración y *dépaysement* en el que los discursos cambian de lugar y de función. Esos saberes son las sombras de literatura pero también la médula de su historicidad. La literatura, finalmente, lleva inscritas en sus textos las relaciones institucionales que, a su turno, hicieron esos textos posibles. Por eso, también, la literatura puede hablar del pasado a los historiadores y es este aspecto el que consideraré en lo que sigue.

Leyendo la literatura

En “Peasants Tell Tales: the Meaning of Mother Goose” (Darnton, 1985), Darnton se formula una pregunta que está en el centro de las preocupaciones de la historia social: ¿puede conocerse el mundo mental de los iletrados? Y si puede conocerse, ¿de qué modo? Su respuesta metodológica se aparta de la historia de las mentalidades en la idea de que la búsqueda no se orienta en largas series cuantitativas sino en el análisis (literario) de documentos puntuales. Realiza una misma operación en “La gran masacre de gatos”: una autobiografía escrita en 1770, sobre hechos sucedidos treinta años antes, le permite leer varios niveles de interpretación histórica respecto del sentido que una matanza de gatos, llevada a cabo en un taller de París, adquiere por un lado para sus actores, y por otro, para el historiador contemporáneo. Darnton propone una interpretación ceremonial del acontecimiento (los gatos, por extensión metonímica remiten a las brujas, al mal y a la mujer); el juicio de los gatos es una alegoría del juicio que los aprendices desean hacer de sus patrones; la puesta en escena del juicio pone de manifiesto las relaciones internas a la familia burguesa con sus tipos: el viejo marido, la mujer más joven y altanera, el curita que los frecuenta; las formas de la broma codifican como ritual paródico un sistema de creencias que son exteriorizadas según las pautas aprendidas de la risa y el carnaval que invierten críticamente los lugares sociales; y, por fin, esta forma de violencia simbólica y antiburguesa anuncia la emergencia de la violencia revolucionaria de las últimas décadas del siglo XVIII.

En el caso de los relatos populares, Darnton, que parte de “Caperucita”, se pregunta acerca de lo que la moral de esa historia informa sobre el mundo mental donde circulaba: centenares de historias, tan crueles como la de la Caperucita, forman parte del mundo popular en el siglo de la Razón y de las Luces. Sodomía, canibalismo, sevicia y privación son las marcas de estos relatos que no las enmascaran sino que las exponen rectamente, en remisión directa a un mundo brutal y miserable. Este contraste entre la gran filosofía de un período y las ficciones populares fascina al historiador porque pone en evidencia la heterogeneidad constitutiva de su objeto. Dos tonos culturales existen, alternativamente comunicados e incommunicados, en la Europa del siglo XVIII: el de la intelligentsia y el del bajo pueblo, que además, se diferenciarían según tonalidades nacionales.

Los relatos que presenta Darnton se concentran, a partir de diferencias episódicas, en una experiencia común: el hambre. Criticando las interpretaciones simbólicas o psicoanalíticas de estos mismos cuentos, Darnton lee al pie de la letra los episodios de hambre y los deseos de comida. Tomándolos al pie de la letra, realiza una lectura crítica que no se fascina con las tramas ni con los personajes, sino que busca los grandes motores narrativos y la moral del relato. Desde los conocimientos producidos por la historia social, Darnton interpreta el escenario de estos cuentos como comunidades infelices, donde los campesinos vivían en un ciclo laboral durísimo e ininterrumpido, donde las familias se caracterizaban por la cantidad de huérfanos y de madrastras y donde, en el tono afectivo predominaban las emociones brutales que emergen de la lucha por la supervivencia. Por eso, el ideal de felicidad presente en estos relatos (a diferencia de lo maravilloso en otros textos destinados a públicos diferentes) es un programa de supervivencia material y no de realización de fantasías. Reiterados en sus objetos de deseo y en sus desenlaces, estos cuentos presentan, para Darnton, clivajes nacionales. Todos parten de la creencia de que sea cual sea el mérito de los individuos, el mundo es siempre amoral y arbitrario. Frente a él, y como estrategias pueden encontrarse, sin embargo, distintos estilos culturales nacionales, que Darnton define en la astucia para el caso francés y los principios religiosos más inclinados a la piedad, para el alemán.

Por discutibles que sean estas generalizaciones nacionales, acá interesa mostrar el modus operandi de una lectura con materiales literarios (o folk-literarios) a los que se interroga en lo explícito de las peripecias narrativas, sino en las reiteraciones que definen el armado de los textos y su moral. Darnton trabaja con algunos presupuestos que se originan no solo en la disciplina histórica sino también en las formas de lectura densa que practica la antropología simbólica (Geertz, 1987). Los textos de una cultura (y el caso de los textos literarios no haría sino acentuar este rasgo) se caracterizan por su densidad semántica, por su plurivocidad, y por la puesta en escena de redes semiológicas de procedencia diversa. Nada más sencillo que producir un malentendido con un texto en la medida en que la práctica de lectura nunca es simétrica a la práctica de la que el texto emerge.

La posibilidad de un malentendido debe ser incorporada a la interpretación de los textos como hipótesis metodológica y como caución. El anacronismo de las lecturas es el fantasma que las acompaña de modo inexorable, porque los lugares y las funciones textuales cambian históricamente y difieren además según las culturas en que los textos hayan emergido. La función de un texto en un momento dado de la sociedad es parte de su condición textual: la señalan marcas bien evidentes para sus contemporáneos y los integrantes de la cultura de origen, más tenues para los extranjeros a esa formación o los lectores para lo que esta es un pasado, nada más explícito al respecto que la lectura estética de los textos sagrados, a los que la lectura estética despoja de su ritualidad para encontrar las marcas de una construcción bella y no de una construcción teológica o mítica. Si esto es posible, lo es precisamente porque los textos son, para usar el adjetivo preferido por Geertz y que Darnton adopta, “densos”. La trama de sentidos de los textos de la cultura se proyecta desde y hacia diferentes redes semiológicas, cuyas convenciones son especiales y que exigen ser reconocidas para que la lectura construya su sentido desde esa trama. Si estos recaudos son fundamentales para la lectura de los textos en que el antropólogo lee una cultura, su importancia no es menor cuando, desde la perspectiva de la historia, la literatura es pensada como sustento de un saber sobre el pasado.

Lo que el historiador lee en la literatura está íntimamente relacionado con las destrezas que posea para manejar una trama socio-histórica en sus realizaciones genéricas, en las marcas que las

convenciones estéticas producen en las obras literarias, en los dispositivos y estrategias que las poéticas proporcionan a los productores textuales. La literatura no puede ser leída haciendo abstracción del régimen estético, y esto quiere decir que el historiador no debe leerla solo como depósito de contenidos e informaciones. Estas pueden ser tanto o más valiosas si se las busca en el cruce entre estrategias textuales, funcionamiento institucional (relación con el público, con los intelectuales, con la esfera pública, con la política), y soluciones estéticas. No es para nada indiferente al historiador el régimen de los textos literarios en los que busca reconstruir el tono de un período. Estos hablan no solo desde sus contenidos y es posible que hablen más locuazmente incluso a partir de sus elecciones específicamente literarias. La lectura densa en el caso de los textos literarios presupone que la literatura dice algo respecto de lo social en dimensiones que no son exclusivamente las explícitas. Los saberes con los que se construyen los textos literarios hablan de la sociedad de un modo que no puede ser directamente traducido en términos de contenido: indican cuáles son los tópicos de un imaginario colectivo, cuáles son los ejes de organización de los deseos, cuáles son los valores que la literatura afirma o contradice pero que, en todo caso, testimonia acerca de su presencia.

La literatura ofrece mucho más que una directa representación del mundo social. Ofrece modalidades según las cuales una cultura percibe esas relaciones sociales, las posibilidades de afirmarlas aceptándolas o cambiarlas. Ofrece ideas precisas sobre el clima de una época, no tanto por lo que se dice en ellas sino por el tono con el que se escribe sobre ella o sobre otros objetos. La literatura puede ofrecer modelos según los cuales una sociedad piensa sus conflictos, ocluye o muestra sus problemas, juzga a las diferencias culturales, se coloca frente a su pasado e imagina su futuro. En las estrategias formales de la literatura, en la afirmación o la ruptura de los géneros, en la retóricas de las imágenes puede descubrirse también cuál es el lugar de lo figurado, de lo simbólico y de lo imaginario; la construcción de universos ficcionales no informa solo sobre lo que esos universos representan sino que las relaciones formales que articulan la construcción pueden explicar (y ser explicadas) en un sentido socio-histórico.

Leer la literatura en su relación con la disciplina histórica implica, en primer lugar, un saber sobre la literatura, porque ella, como cualquier otra fuente puede proporcionar solo aquello que se le pregunte. En consecuencia, un saber preguntar a la literatura es indispensable para un saber de la historia que considere que allí, en los textos literarios, pueden leerse dimensiones de una cultura, perfiles de un período, formas en que los actores sociales vivieron su presente en relación con la moral, el poder, el trabajo, la trascendencia, las transgresiones, los cambios. Desde la perspectiva histórica, la literatura no podría ser tratada como representación con palabras de una realidad exterior sino como construcción que forma parte de esa realidad, que trabaja con ella, que la altera, en un sentido que jamás es arbitrario, aun cuando sea a veces una de las realizaciones más extrañamente libres de la determinación colectiva.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- Auerbach, Erich. *Mimesis: la realidad en la literatura*. México: FCE. 1950.
Barthes, Roland. *S/Z*. México: FCE, 1970.
Bénichou, Paul. *La coronación del escritor; 1750-1830*. México: FCE. 1981.
Bourdieu, Pierre. *Campo de poder y campo intelectual*. Buenos Aires: Folios. 1983.
Burger, Peter. "On Literary History", *Poetics* 14. (1985).
Darnton, Robert. "The Great Cat Massacre and Other Episodes in French Cultural History. Nueva York: Vintage Books. 1985. (Hay edición castellana hoy: La gran matanza de gatos y otros episodios en la historia de la cultura francesa. México: FCE.)
Foucault, Michel. *La arqueología del saber*. México: Siglo XXI. (varias ediciones)
Geertz, Clifford. *La interpretación de las culturas*. Madrid: Gedisa. 1987.
Jauss, Hans-Robert. *Pour une esthétique de la réception*. Paris: Gallimard. 1978.

Lejeune, Philippe. *Le pacte autobiographique*. Paris: Du Seuil. 1975. (Hoy existe edición en castellano: *El pacto autobiográfico y otros estudios*. Madrid: Megazul-Endymion, 1994.)

Ludmer, Josefina. *El género gauchesco. Un tratado sobre la patria*. Buenos Aires: Sudamericana. 1988.

Prieto, Adolfo. *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*. Buenos Aires: Sudamericana. 1988. (Durante muchos años agotado, hoy existe reedición: en Buenos Aires, por Siglo XXI eds., de 2006.)

Schmidt, Siegfried. "On Writing Histories of Literature Some remarks from Constructivist Point of View", *Poetics 14*. (1985)